ARTÍCULO XVI.

De la impureza y los funestos efectos que produce.

Homo cum in honore esset. . . .comparatus est jumentis insipientibus. —El hombre cuando se hallaba constituido en honor . . . . ha sido comparado con las bestias que carecen de razon.—Ps. 48.

Es posible que el hombre, la mas perfecta de las obras de Dios, pueda olvidar la grandeza de sus esperanzas, la nobleza y esplendor de su origen celestial, hasta el estremo de entregarse, como lo hace tan indignamente, á una pasion que le deshonra, y le degrada á punto de confundirlo de algun modo con los mas viles animales?

¡Cuál debe ser la ceguedad que le oculta los escesos monstruosos del mas vergonzoso de todos los vicios, de ese vicio cuyo solo nombre no puede sino manchar los labios de un cristiano!

¿Podré presentar á mi espíritu su peligrosa imágen?

¡Oh Dios tres veces santo! ¿podré me-

ditar sus horrores á vuestros piés? y aun el pensamiento que condena á este monstruo y que inspira aborrecimiento, ¿no ofenderá vuestra pureza?

Dignaos pues purificar mis labios y mis pensamientos, á fin de que nada digan delante de Vos, ni ofrezcan nada que pueda manchar mi corazon y mis sentidos. ¡Oh vosotros en quienes la gracia ha conservado la flor de vuestra primera inocencia!, huid hasta de la idea del horroroso vicio, cuyo bosquejo os presento, pues no se puede triunfar de él sino huyendo. Alejaos del siglo: él exala mil vapores del seno de su corrupcion, capaces de infestar todos los corazones: desconfiad tambien en todo tiempo y lugar de vuestra flaqueza. Cerrad el oido á todos los discursos seductores: poned un centinela de circunspeccion en vuestros ojos y otro en vuestros labios, á ejemplo del rey Profeta.

Á la manera que los rasgos de la hermosura representados en un espejo fiel, se deshacen con un soplo, asi la pureza mas brillante que el oro, pero mas fragil que el

cristal, se empaña al instante con la sola aprocsimacion del fuego mas imperceptible. Huid pues, y aun otra y mil veces, huid. Vuestra mas grande seguridad consiste en la fuga.

¿Como, esclama el Profeta (Jerem. Thren. 4.), cómo el oro mas puro se ha cambiado en el mas vil lodo? ¿cómo aquellos á quienes su condicion presentaba en la suerte mas gloriosa, se han cubierto de ignominia? No nos sorprendamos de esto. La cualidad de este vicio y su primer efecto es oscurecer la razon. Mas¿qué digo? Él estingue todos los sentimientos justos, todas las luces; y no se vé, ¡oh vergüenza! ¡oh dolor! ¿no se vé á los hombres desgraciados envidiar alguna vez la infamia destinada á los brutos, despues de haber buscado su felicidad?

¡Gran Dios! ¡Qué terribles son vuestros juicios al permitir caiga en este abismo, tan horrible como tenebroso, el alma adúltera, que ha osado alejarse de Vos violando la santidad de su cuerpo!

¡Mortales ciegos é insensatos! dad despues de esto nombres especiosos á esta funesta pasion: dad el mejor colorido á sus negros y peligrosos efectos: decid, con una abominable impudencia que un corazon tierno le debe el tributo de sus sentimientos: apoyad esta horrorosa moral en los mas deplorables ejemplos. nunca podréis jamas desmentirnos, ni encubrir á vosotros mismos que esa sucia pasion, ha sido en todos tiempos la fuente emponzoñada de los innumerables males que han destruido la tierra. Ella es, sí, ella es la que ha encendido la cólera del Señor, y que le ha conducido, apesar de su ternura y de sus entrañas de Padre, hasta arrepentirse de haber creado al hombre.

¡Oh vicio detestable! ¿podré bastantemente aborrecerte? Un diluvio universal, fuegos devoradores, espesas tinieblas, vergonzosas enfermedades son los menores castigos que la ira del cielo te reserva. El infierno, sí, el infierno con todos sus tormentos está destinado particularmente á castigarte, y la eternidad toda entera apenas

bastará á las venganzas de una justicia inecsorable que caerá sobre tí. Los furores, los remordimientos, los celos y las mas negras traiciones comenzarán tu infierno desde este mundo: la rábia, la blasfemia, la desesperacion, todos los suplicios reunidos continuarán en el otro sin que puedan jamas tener fin.

ARTÍCULO XVII.

De las miserias y contradicciones que el hombre esperimenta en sí despues del pecado.

¿Quare pasuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis?. ¿Por qué me pusiste contrario a ti, y para mi mismo estoy hecho tan insoportable? —Job. c. 7.

El hombre privado de la inocencia, y despojado de la justicia original, no ofrece á nuestras tristes miradas sino los frutos del pecado y de la muerte. Sí, despues de este instante fatal su corazon ha venido á ser el teatro de una guerra intestina, donde la inclinacion y el deber se combaten (sin cesar)

donde el vicio y la virtud se chocan mútuamente esforzándose con el empeño de subyugarse el uno al otro.

¿Cuál será la eleccion que haga el hombre, pronto á ceder al uno ó al otro segun se ve estrechado? El placer descubre con claridad á sus ojos los rasgos presentes y sensibles; la piedad no puede ofrecerle sino recompensas invisibles y distantes. ¿Qué partido tomará? ¿A quién dará una preferencia tan disputada? Cualquiera que sea su determinacion, las voluntades contrarias le atormentan y desgarran: el corazon virtuoso ensaya mil combates; el vicioso esperimenta mil remordimientos.

¡Qué contraste de sentimientos! ¡qué oposicion eterna entre la razon y los sentidos! estos por su parte favorecen las pasiones; aquella por la suya se levanta contra ellas.

¡Gran Dios! ¿no es vuestra mano tan poderosa como liberal, la que ha formado al hombre? ¡Ay! Vos no lo habeis destinado para un fin tan deplorable y tan desgraciado. Vos lo habeis hecho á vuestra imá-

gen y semejanza, le habeis dado vuestro lineamento, á fin de que siendo celoso de tan glorioso privilegio, no pensase sino en conservarlo con cuidado ¿Puede ahora sin verter torrentes de lágrimas volver los ojos sobre su primer grandeza y sobre su bajeza actual?

¡Qué horrorosa deformidad ha impreso el pecado sobre su frente!

¡Qué eras tú, ¡oh Adan! cuando saliste de las manos magníficas de tu creador! ¿Qué veniste á ser despues de haber traspasado sus leyes? Tu desobediencia, ¡ay! te ha robado todo, y tus desgraciados hijos participan de tu crimen, llevándolo por todas partes, con el castigo y la venganza! Sí, desde entonces un brazo vengador les ofrece por todas partes el fruto prohibido, y hace de los objetos que los rodean los escollos y los peligros, en donde su inocencia casi siempre se estrellará.

¡Oh hombre! esa es tu suerte, ¿cual es tu ser despues que has sido desfigurado por la culpa? vil esclavo gimes en tus ca-

cadenas, y sin embargo, no las quieres romper. Vergonzosamente abatido bajo el peso de una voluptuosidad criminal, te disgustas de ella, y la detestas con razon; pero libre de su imperio la deseas y la solicitas mas mas ansia. ¿Qué es lo que podrá fijar la estravagancia de tus deseos? Una malicia eterna es tu herencia: el reposo te fastidia, el trabajo te atormenta, y todos los remedios contra tu enfado son inútiles, te buscas, y huyes sin cesar de tí mismo: cambiar de males es la única felicidad que te puedes prometer. Entre el monstruoso y continuado tropel de movimientos incompatibles, ¿quién podrá reconocer los pliegues de tu corazon? tu voluntad vacilante aunque libre no puede conocer su primera inclinacion.

Tu corazon es combatido de mil tristes asaltos, quiere, y deja al mismo tiempo de querer, se ama y se aborrece, teme sin fundamento, y del mismo modo espera. ¡Oh triste condicion! El hombre es casi siempre un misterio para sí mismo: el amor propio se

pone entre su razon y corazon: y como un tirano impetuoso, domina por la fuerza ó por el artificio, nos lisongea para engañarnos, se encubre para sorprendernos, y forma al rededor de nosotros un velo impenetrable. Lo que mejor percibimos, apenas lo vemos al traves de una nube: nuestras preocupaciones engañosas nos seducen sin cesar, nuestras inclinaciones naturales nos arrastran siempre, el tumulto de sensaciones hace que nos perdamos de vista cuanto nos rodea, como un espejo infiel, cambia nuestro semblante volviéndolo mas risueño y agradable.

¿Qué mas añadiré? ¿hasta donde iria á parar con una enumeracion mas larga de los vergonzosos estravíos y monstruosas contradicciones, que esperimentamos en nosotros mismos?

Yo adoro ¡oh Dios mio! y reconozco la sabiduría y equidad de vuestros juicios.

El hombre que habeis creado en un estado glorioso y perfecto, debe rendiros hoy dia el justo homenage de su pasada dicha, aunque llorando su desgracia presente. Debe trabajar incesantemente para arrancar del fondo de

su debilitado, ser todo lo que no viene de Vos. ¡Mas, ay! ¿puede hacerlo sin Vos? No, no, él no tiene sino á Vos, Señor, que pueda sostenerlo de acuerdo consigo mismo: solo Vos podeis hacer que vuelva á entrar su corazon en todos los derechos que ha perdido. Vos solo podeis disipar las tinieblas de su espíritu, y volver á su razon la superioridad que le disteis. No permitais que una alma formada á vuestra imágen y dotada de las prerogativas mas sublimes, esté por mas tiempo sometida á las sensaciones corruptoras, descubridle su ilusion.

Vuestra eterna justicia ha sido satisfecha con la muerte de un Dios redentor: pues bien, Señor, que vuestra misericordia sin límites recobre todos sus derechos.

La primera creacion no costó sino una palabar á vuestra omnipotencia, la segunda ha sido el precio de la sangre mas prciosa y estimable. La diferencia es infinita: haced que yo esperimente sus dulces efectos por un cambio digno de vuestra ternura y de ese admirable poder al cual nada resiste. Mas,

¡qué veo! ¡vuestra gracia me alumbra! ¿habréis escuchado mis votos? veo todo el precio de mi redencion, y la superioridad del rango, á que me eleva, en comparacion de aquel, de que he decaido. No me aflijo yá por la falta de mis primeras ventajas, no lloro ya su pérdida, ella está abundantemente reparada con ese inefable beneficio de la mas sublime adopcion.

ARTÍCULO XVIII.

Del amor propio.

Inimici mei autem vivunt, et confirmati sunt super me.—Ps 37.—Entre tanto mis enemigos viven y se fortifican mas y mas contra mi.

¿Cuál es este enemigo que vive en medio de nosotros, á pesar nuestro, contra el juicio de la razon que lo condena, y que nos hace una guerra tanto mas desconsoladora, cuanto que en nuestro propio corazon toma las armas mortíferas con que no cesa de combatirnos? hemos venido, en fin, á conocer este enemigo cruel y poderoso:

es el amor desarreglado de nosotros mismos: ese amor iujusto que á todo se prefiere, que se desliza por todas partes, que se apropia todo, que aun de la misma virtud se nutre, y que se abanza hasta usurpar los derechos mas sagrados de la verdad y de la justicia eterna. Azote de la sociedad, tirano desde que no es esclusivo, padre de todos los vicios, el amor propio es el destructor del universo: es un torrente que se desborda y rompe todos los diques, si no es contenido en sus justos límites. Parecido al mas sutil y mas peligroso de los elementos, de que la industria humana sabe sacar tan útiles socorros, el amor de sí mismo bien reglado, serviria, concurriria á la felicidad de la humanidad; mas cuando no tiene freno y se entrega á toda su impetuosidad, es un fuego confiado á manos imprudentes: vuela y se lanza hácia todas partes: abrasa, consume los campos y las ciudades: es un negro torbellino que lleva el horror y la muerte por todas partes donde pasa. ¡Fatal pasion! ¡peligroso enemigo! tanto mas temible cuan-

to que nos sigue en todo lugar, nos tiende mil secretas asechanzas, se oculta en los pliegues mas impenetrables de nuestra alma y sabe escaparse las mas veces á nuestra cuidadosa aplicacion; si alguna ocasion es reprimido por nuestra vigilancia, al instante vuelve á reanimarse del seno mismo de nuestros esfuerzos, como una hidra que en vano es herida porque renace luego de sus propios restos.

¿Dónde estará nuestra seguridad? ¿donde hallaremos un asilo contra un enemigo tan bárbaro, tan terrible y siempre tan artificioso?

En ninguna parte podré hallar este refugio sino á vuestros piés, ¡oh Dios mio! porque Vos sois el fuerte armado y el que solo puede aniquilar y atar ese fatal enemigo de nuestro reposo y de vuestra gloria.

Vos solo podeis hacérnoslo conocer: solo Vos nos prescribis las reglas con que podemos distinguir lo que vuestra voluntad honesta y santamente le concede ó le prohibe:

lo que adopta ó desecha de un vacio que ha venido á ser en nosotros como natural.

Es tal nuestra ceguedad y nuestra impotencia que es menester os digneis manifestárnoslo claramente y que arranqueis Vos mismo esa raiz de nuestro corazon.

Soberano Médico, curad un mal tan profundo: Vos veis todo el fondo de mi miseria y lo que es impenetrable á mis ojos, no lo es á vuestra luz: alumbrad mis tinieblas: guiad mi mano, á fin de que ella dirija golpes seguros á ese monstruo, que sabe tan bien encubrirse adentro de mí: romped esa inteligencia secreta y funesta que mantiene en medio de mi corazon. Advertid á mi voluntad antes que dé el menor consentimiento á sus sorpresas: vele yo sobre todos sus movimientos con una atencion continua: desapruebe los desordenados con la mas fiel esactitud, para precaver sus funestos resultados: huya con empeño todo lo que pueda ser para mí ocasion de caida: ame el silencio y la oscuridad: evite los aplausos y

distinciones: fije los ojos sobre mi nada y sobre mi bajeza, á fin de hacerla el fundamento seguro de todas les disposiciones de mi corazon.

¡Ah! ¡perezca para siempre el dia (Job c. 3.) en que pude complacerme en mi miseria, y en que viéndome tan contrario á mi Dios, he venido á ser la carga molesta de mí mismo, sin aborrecerme y detestarme como debia!

Venid á ser mi refugio, Señor, contra los torrentes de iniquidad que me han rodeado. Retiradme del precipicio tan resváloso de la vanidad. ¡Oh Dios! celoso de vuestra gloria, confundid un tirano que os la quiere arrebatar: levantaos y poned en fuga á la nacion injusta que no os quiere conocer (Ps. 25.): el orgullo os desconoce y os ultraja: el amor propio usurpa vuestros derechos: aborrézcalo yo soberanamente en lo de adelante, á fin de seros siempre agradable y amaros durante toda la eternidad.

ARTÍCULO XIX.

De la cólera y la venganza.

Virum sanguinum..... abominabitur Dominus.
El Señor tendrá en abominacion al hombre sanguinario.—Ps. 5.

Este oráculo deberia, sin duda, ser bastante para estinguir en todos los corazones los fogosos sentimientos de una injusta venganza y de una culpable vivacidad.

¡Crueles pasiones! ¡feroces hijas del orgullo, que asolais la tierra y la cubris de muertos, huid, alejaos de nosotros, volveos para siempre al infierno, de donde habeis salido!

Venid, amable paz, hija del cielo, venid á secundar nuestros débiles esfuerzos, esponed á nuestros ojos los funestos efectos de esos vicios horrorosos, romped el velo engañoso bajo del cual se encubren, mostradnos su malicia y su crueldad.

Un negro vapor se apodera del hombre que no teme entregarse á los movimientos de una cólera ciega. Al pronto parece un

fuego ligero, y en seguida es un incendio que consume todo lo que encuentra: es un torrente desbordado, furioso, que rompe y derriba todo lo que se opone á su corriente, todos se alejan de él, lo evitan y lo temen. Sus ojos centellantes, sus pasos alterados y torpes, su semblante inflamado y su boca espumante, inspiran el horror y espanto, y lo vuelven semejante á los animales indómitos, de cuyo encuentro se huye. ¡A qué esceso no se arroja en este estado! Nada puede contener sus trasportes: ellos estallan por donde quiera que dirige sus pasos: los vuelve contra sí mismo, despues de haber ofendido á los otros, y viene á ser su propio verdugo.

Si agregamos á estos trazos los de una venganza cruel, ellos podrán inspirarnos un justo horror. ¿Cuál es esa preocupacion bárbara y sanguinaria, fruto del mas feroz orígen, que seduce miserablemente aun á los corazones que presumen de la mayor nobleza de sentimientos? ¿Cuál ese falso honor, que

no inspira sino maldades, que no saca su gloria sino del crímen, y que viola impunemente los derechos mas sagrados? Es el resentimiento, ese monstruo, hijo del negro caos. ¡Ah! ¿cómo puede presentarse á los ojos cristianos sin espantarlos?

En vano es que la ilusion dé á estos atentados el falso nombre de valor; la razon los condena y se levanta constantemente contra tan indigna y vil preocupacion.

La voz de la sangre vertida clama por todas partes venganza contra el homicida que se atreve á derramarla. La ceguedad únicamente lo aplaude con el nombre de vencedor; mas él mismo siente y conoce que no es sino un matador bárbaro que la justicia y verdad eterna lo han sentenciado yá á perecer á su turno por la mano sanguinaria de un enemigo cruel y ultrajado.

Los continuos remordimientos lo persiguen sin cesar, y le muestran la pena que le espera: las furias lo acompañan por todas partes: la víctima de su furor se presenta á sus miradas vagabundas: escucha en todo lu-

gar sus tristes acentos: en la sombra de la noche ve su cuerpo pálido y sangriento, esta imágen horrible lo sigue por todas partes y no lo deja mientras vive.

Mortales que os entregais á vuestros vengativos sentimientos, ved ahi la suerte horrorosa que el cielo os reserva. La rábia, las alarmas, la desesperacion, serán vuestra única herencia y el infierno le pondrá su sello.

ARTÍCULO XX.

De la maledicencia y la calumnia.

Libera animam meam á labiis iniquis et á lingua dolosa.—Libra mi alma de los lábios inicuos y de la lengua dolosa.—Ps. 119. v. 2.

¿Cuáles son esos vicios, cuya infamia se estiende hasta la posteridad, cuyos efectos son tan funestos, que no está en nuestro poder el contenerlos? ¿esos vicios peligrosos que confunden al inocente con el culpable, la mentira con la verdad y que dejan en todos los corazones negras y profundas manchas que nunca se pueden borrar?

Estos son la detraccion y la calumnia, monstruos que turban la paz entre los homres, que asolan, que destruyen la tierra, que siembran la discordia y desunion en el seno de las familias, y que rompen los vínculos mas sagrados de la sangre, el reconocimiento y la amistad.

La calumnia es mas odiosa y mas rara; pero la maledicencia se estiende por todas partes. ¡Ah! es muy ingenioso este vicio para disfrazarse á sí mismo, y mas tan autorizado como está en el mundo, que de él hace el hilo de sus conversaciones.

Este es un mal contagioso que se comunica rápidamente. Es un árbol fatal, cuyos frutos pestilentes infectan la mano del que los toca y los ojos indiscretos que se detienen á mirarlos.

El maldiciente pretende justificar su crímen por la ligereza de los defectos, que ataca y por la verdad de sus relatos; pero cuanto mas ligeros son los defectos, la detraccion es mas injusta; y cuanto mas averiguados,

tanto mas sensible es su reproche. El murmurador cree escusarse con la notoriedad de las flaquezas de que se burla; pero este es un vano pretesto, porque cuanto mas conocidas son nuestras debilidades, tanto mas cruel es la censura.

Un orgullo secreto es el que descubre al detractor las ligeras manchas de sus hermanos, y el que encubre á sus ojos la enormidad de sus propias maldades. Un celo bajo y vil es el que hiere al mérito, y hace estudio para oscurecer su sólido esplendor. La doble envidia que le devora, lo lleva á destrozar los talentos, la virtud y á ennegrecer, por lo menos, tal como un fuego impotente, lo que no puede consumir.

Si se hubiera de creer al murmurador, él murmura solo por divertirse. Pero, ¿qué clase de diversion es esa que lleva la tristeza al corazon de aquellos con quienes la humanidad debe unirnos, y cuyo orígen y fin, nos son comunes? ¿Qué clase de diversion tan cruel es esa, que se alimenta impune-

mente de las llagas que hace? ¿Con que es menester ser la víctima de los placeres injustos del maldiciente?

¿Qué barrera, ni qué parapeto podrá ponernos al abrigo de las saetas emponsoñadas de la lengua pérfida del calumniador temible? Ella vuela como una flecha acerada; parte, hiere y traspasa en un instante todo lo que encuentra á su paso: arde como un fuego devorante, que consume cuanto toca: ejerce su rábia sobre los muertos y sobre los vivos: escava las entrañas de la tierra, abre los sepulcros, remueve allí las cenizas y dispersa los huesos. El veneno que sale de su boca, es mas sutil y funesto que la ponsoña que deja la mordedura de la serpiente: la hiel amarga que destila es la fuente de los odios, de las venganzas, de las disenciones: la luz del dia hiere sus feroces ojos que centellean en la noche.

¡Oh vosotros, cuyas manos pérfidas traman el negro tejido que hace caer al inocente en las redes del artificio! ¿qué pretendeis por vuestras astucias? ¿cuál es la espe-

ranza de vuestra crueldad? ¿ignorais que la luz que os esforzais en eclipsar, no permanecerá para siempre encubierta? la verdad sabrá desenmascarar vuestros designios: ella os cubrirá de una vergüenza eterna. El Señor vengará al inocente oprimido: tomará la defensa de la viuda y del huérfano: lanzará sus rayos sobre el impío opresor, que los tenia cautivos; romperá sus cadenas, y hará triunfar su debilidad del injusto poder de sus perseguidores.

¡Gran Dios! confundid la malicia del detractor mañoso, del impudente calumniador; vengadme de su impostura: derrivad, destruid la obra de esos hombres de iniquidad: cerrad esas bocas indiscretas, que publican con audacia las mentiras que el artificio inventa para sorprender una débil credulidad. Yo he callado en su presencia: he puesto mi confianza en Vos: espero en un humilde silencio que os declareis por mí.

Vos sois el Árbitro Supremo, el único juez de vivos y muertos; no permitais que mis

acusadores osen hacerse tambien mis jueces. Libradme de sus asechanzas, separadme de sus manos crueles, confundid para siempre sus designios.

ARTÍCULO XXI.

Del vicio que domina en nosotros.

Non dominetur mei omnis injustitia. Que ninguna injusticia me domine, *ni se apodere de mi corazon.*—Ps. 118 v. 133.

El mas peligroso, sin duda, de todos los vicios, es aquel que domina con mayor imperio en nuestro corazon. Es una fuente inagotable de donde sacan su corriente todos los otros pecados. Apresurémonos á descubrirlo y conocerlo: porque de otra manera no podremos desarraigarlo de nosotros: quitémosle el velo pérfido, bajo del cual oculta su injusticia: menester es buscarle en el fondo de nuestro corazon, que es donde está.